

Exceso y defecto de la memoria: violencia política, terror, visibilidad e invisibilidad

Martha Cabrera*

Profesora / investigadora
de la Facultad de Finanzas, Gobierno y
Relaciones Internacionales de la
Universidad Externado de Colombia,
correo electrónico:
martiriocabrera@yahoo.com

El actual interés, tanto académico como extra académico, en el tema de la memoria ha alcanzado dimensiones epidémicas. Un término que hace algún tiempo tenía relativamente poca resonancia, ha penetrado progresivamente en el lenguaje para apuntalar reclamos y reivindicaciones de individuos, víctimas y grupos sociales, en la obtención de diversas formas de reconocimiento o compensación.

Esta valorización de la memoria como elemento del mundo social coincide, paradójicamente, “con un momento en el cual el presente ha dejado de articularse con el pasado y ya no parece abrirse hacia un horizonte de futuro. No es exagerado decir que la exaltación de la memoria

marca el final de una relación con la historia que se había impuesto en los siglos XIX y XX” (Pécaut 2003, 113). En efecto, las narrativas históricas convencionales se resquebrajan mientras el pasado se torna cada vez más disponible y multifacético gracias a los avances arqueológicos e historiográficos – innovaciones metodológicas como la creciente legitimación de la historia oral y la experimentación interdisciplinaria. A esta situación debe sumarse el surgimiento de una sensibilidad histórica más reflexiva cuyo resultado es la producción de un nuevo campo de estudio, diverso pero unido por una preocupación común por acercarse a las formas múltiples como los grupos sociales cons-

* Fecha de entrega, 22 de agosto de 2005. Fecha de aceptación, 5 de septiembre de 2005.

truyen su sentido del pasado (Confino 1997, 1386–9).

Para Daniel Pécaut, el surgimiento de la memoria está ligado al desmoronamiento del Estado nación en los planos concreto y simbólico. Como consecuencia, los grandes relatos se borran y emergen afirmaciones identitarias articuladas por una lógica del “reconocimiento” y la exaltación de la sociedad civil. La explosión de las memorias debilita el marco tradicional de la memoria nacional y da voz a múltiples grupos que contestan la versión “nacional” del pasado, generando innumerables versiones alternativas y poniendo en marcha subjetividades alternativas paralelas a las líneas de fractura de género, etnia, etc., llegando incluso a generar cierta ansiedad e inseguridad acerca de la identidad misma, lo que evidencia la conexión entre memoria e identidad. El significado último de la identidad individual o colectiva (su sentido de “mismidad” en el tiempo y el espacio), se apoya en lo que se recuerda, y lo que se recuerda es definido a su vez por una identidad asumida. Éstos son procesos complejos, ya que ni la memoria ni la identidad son hechos naturales, sino procesos sociales y construcciones políticas “altamente selectivas, inscriptivas más que descriptivas, sirviendo intereses particulares y posiciones ideológicas” (Gillis 1994, 3-4, traducción mía).

En ocasiones, la memoria que moldean la identidad de un grupo se fija sobre episodios traumáticos de la memoria nacional. En efecto, la categoría “trauma”

se ha convertido en el punto de entrada hacia formas supuestamente “auténticas” de memoria, ya que desde este punto de vista, aquellas memorias moldeadas por el trauma serían capaces de subvertir más eficientemente formas modernas, totalizantes de historicismo (Klein, 2000, 138). Siguiendo esta línea, este ensayo tiene como objeto examinar el surgimiento del tema de la memoria y de la memoria traumática en discursos políticos y culturales. El argumento central es que elementos performativos (rituales, conmemoraciones) y narrativos (comisiones de la verdad, testimonios) han sido centrales en el diálogo con el pasado en el caso de sociedades que han experimentado violencia política. El poder de estos elementos reside en el hecho que permiten trasladar el duelo de la esfera privada a la pública y generar debates en torno a la responsabilidad sobre el pasado, como ha sucedido en casos como los de Argentina y Sudáfrica, que son comentados. Finalmente, se discutirá el modelo ‘sacrificial’ de formación de la memoria colombiana, basado primordialmente en la inscripción violenta de memoria sobre el cuerpo, y caracterizado por una presencia más bien limitada de elementos performativos en la esfera pública nacional, así como por la proliferación de narraciones desligadas de un relato histórico que les dé cohesión.

TRAUMA, MEMORIA, MERCADO

Andreas Huyssen (2000, 23) sitúa el re-

novado interés en la memoria en la década de los sesenta, conectado a la ola de descolonizaciones y su búsqueda de historias alternativas. Tal interés es impulsado en la década de los ochenta, en particular en Europa y Estados Unidos con el debate sobre el Holocausto (nutrido al menos parcialmente por la emisión de la serie de televisión *Holocausto* y, posteriormente, por la profusión de testimonios sobre éste). A partir de este momento, el término “trauma” comenzó su migración desde el lenguaje médico y psicoanalítico al de las humanidades y la literatura, así como a los estudios sobre la memoria. Para la década de los noventa, había una verdadera profusión de estudios sobre memoria traumática (Felman y Laub, 1992; Caruth 1996; La Capra 1998), además de trabajos históricos y contemporáneos sobre temas conexos como genocidio, esclavitud, abuso sexual y su “falsa memoria”, además de controversias en torno a conmemoraciones y memoriales.

Fuera de los lenguajes de la academia, el interés en la memoria y la memoria traumática se hizo evidente en el ámbito popular: desde *talk shows*, hasta películas de Hollywood, pasando por la literatura autobiográfica y la llamada novela histórica posmoderna. La restauración de centros urbanos de muchas ciudades, la renovada importancia de los patrimonios históricos,

la moda “retro” y el acceso creciente a tecnologías de “auto musealización” (video grabadoras, *blogs*, etc.), formas confesionales (testimonio, autobiografía) pertenecen, sin duda, a este universo en expansión de la memoria.

Resistiendo a la tentación de segmentar la realidad en ámbitos diferenciados (político, económico, cultural, etc.), podríamos decir que la cooptación de la memoria por el mercado es sólo un aspecto de su importancia política: desde 1989 es un tema obligado en los antiguos países comunistas de Europa oriental y la ex Unión Soviética, fue central en los procesos creadores de la Sudáfrica post apartheid, se esgrime continuamente en las discusiones en el Medio Oriente, obstaculiza con frecuencia las relaciones entre China, Corea y Japón, pone de relieve las fracturas raciales de la sociedad australiana, y determina, en grados variables, el debate sobre los desaparecidos y en las sociedades post dictatoriales de América Latina. Esta increíble profusión de memorias traumáticas es explicable, al menos parcialmente, porque nuestra era se ha estructurado en gran parte a partir de eventos traumáticos (Klein, 138), que han entrado solo de forma gradual en las memorias colectivas de los grupos sociales afectados¹. Esto parece particularmen-

¹ Algunos autores explican este fenómeno como el “retorno de lo reprimido” freudiano, según el cual tanto individuos como sociedades necesitan reprimir eventos traumáticos por períodos de tiempo mientras son capaces de confrontarlos. Esta posición es fuertemente debatida por autores situados en la orilla política (Brown, Schefflin y Corydon 1998).

te cierto en el caso de la memoria del Holocausto. Un número de autores (algunos empleando el lenguaje de psicoanálisis y, en particular, los términos “duelo”, “transferencia” y “melancolía”, entre otros, en su referencia a la memoria traumática; Mitscherlich y Mitscherlich 1975; Adorno 1986; Santner 1990; Friedlander 1993; La Capra 1994) han mostrado que el Holocausto estuvo rodeado de silencio en los años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial para resurgir en Alemania solo hasta finales de la década de los setenta a través de debates públicos y académicos sobre museos, monumentos y películas así como en la historiografía. Tal desinterés era extendido en Europa, los Estados Unidos e incluso Israel. En este último, el Holocausto entró en la memoria colectiva solo hasta su inclusión en la enseñanza, en la década de los ochenta². Contribuyó a esto, sin duda, la emergencia de artefactos tales como celebraciones y monumentos relacionados

con el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial: el ascenso de Hitler al poder y la quema de libros, conmemorados en 1983; *Kristallnacht*, conmemorada en 1988; la conferencia de Wannsee de 1942 (que diera inicio a la tristemente célebre “Solución Final”), conmemorada con la inauguración de un museo en la villa sede de la conferencia y el levantamiento del gueto de Varsovia conmemorado en 1993, entre otros. Estos aniversarios, junto con la caída del muro de Berlín en 1989 y la unificación alemana en 1990 fueron cubiertos ampliamente por los medios de comunicación, contribuyeron a crear una enorme resonancia para la memoria del Holocausto al punto que autores como Huysen (2000) conectan la política genocida³ de los conflictos de Bosnia, Ruanda⁴ y Kosovo (este último en particular)⁵ con la fundación del Holocausto como motivo “universal” en una memoria global.

Paradójicamente, y a pesar de que la memoria parece globalizarse, está, de otra

² Desde el punto de vista psicoanalítico, Alemania, en lugar del duelo, se embarcó en la construcción de su milagro económico para evadir una realidad dolorosa (Mitscherlich y Mitscherlich 1975; Adorno 1986; Santner 1990), mientras Israel ha hecho su duelo con un grado de melancolía, internalizando su condición de víctima al convertirse el Holocausto en parte de su identidad nacional (Segev 2000).

³ Empleo aquí la definición clásica de genocidio que acuñara Raphaël Lemkin en 1944: “Destrucción total o parcial de un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal” (p. 79, traducción mía).

⁴ La referencia al Holocausto en el caso de Ruanda es ciertamente problemática al excluir referentes propios de las políticas de la memoria de las sociedades poscoloniales, lo cual, sin embargo, no fue obstáculo para que los medios de comunicación occidentales persistieran en el empleo de tal paralelo (Huysen 2000, 23).

⁵ La intervención humanitaria de la OTAN en Kosovo fue articulada al menos en parte por la memoria del Holocausto: las deportaciones, los refugiados, los campos de concentración y los recuentos de atrocidades se sumaron al recuerdo de la no intervención de Estados Unidos y las potencias europeas en la década de los treinta y cuarenta. Kosovo confirma así el creciente poder de la memoria en la década de los noventa, pero crea simultáneamente interrogantes frente al uso del Holocausto como tema universal.

parte, íntimamente ligada a las historias de estados y naciones específicas. Por más similitudes que se encuentren entre los casos de la Alemania de posguerra y la Argentina posdictatorial, el sitio político de las prácticas de memoria sigue siendo nacional, no posnacional o global. Sin embargo, el horizonte de la actual globalización tiene efectos complejos sobre la memoria: crea y destruye conexiones, inventa nuevos objetos y extiende y comercializa los existentes, visibiliza y oscurece simultáneamente el pasado.

MEMORIA Y NARRACIÓN

La narración de la memoria traumática – el relato de los hechos – encuentra su lugar en el ámbito político a partir de la ola de democratización de la década de los ochenta concomitante con la expansión internacional de los derechos humanos, el fin de la Guerra Fría y la globalización económica. La premisa de los proyectos de transición política a la democracia fue la de terminar con la impunidad y el silencio estatal acerca de las violaciones a los derechos humanos perpetradas por regímenes autoritarios básicamente mediante “rituales de la verdad”: comisiones de la

verdad y tribunales (Humphrey 2003, 172).

En el marco de la reconstrucción de la democracia, para los regímenes sucesores, la “verdad” se convirtió en la condición *sine qua non* para restaurar la ciudadanía plena y restablecer la ley, la legitimidad política y la justicia histórica. En este sentido, las comisiones y tribunales⁶ han sido mecanismos esenciales en el establecimiento de versiones de las violencias pasadas, lo que es a su vez crucial para lograr un grado de reconexión social y moral después de la contracción social provocada por la violencia.

Los tribunales, con su objetivo principal de “contextualizar y compartir experiencias pasadas acerca de malas actuaciones del estado” (Teitel 2000, 75), han sido cruciales en establecer la verdad en casos de actos individuales de atrocidades en la impunidad. Un argumento que favorece los tribunales por sobre las comisiones es que los primeros simultáneamente imparten justicia y revelan los hechos (Hayner, 368). Tienden frecuentemente, sin embargo, a quebrantarse bajo el peso de la falta de evidencia, la intimidación de los testigos y la obstrucción burocrática (Humpfrey, 172).

⁶ Debe distinguirse entre comisiones de la verdad y tribunales internacionales (como los de Ruanda y Yugoslavia, creados por las Naciones Unidas). Mientras las primeras han sido privilegiadas en América Latina, los segundos, establecidos como respuesta a violaciones masivas de los derechos humanos por parte de los estados, funcionan con el propósito y poder de una corte, mientras las comisiones tienen en general menos poderes, pero más amplitud en su investigación (Hayner 1999, 364-365). Otra diferencia básica sería que el modelo en los que se basan los tribunales es “adversarial” (Hayner, 368), mientras que el modelo subyacente en las comisiones desplaza la verdad del victimario hacia la víctima (Humpfrey, 172).

Por estas razones, las comisiones aparecen como una alternativa frente a la figura del tribunal en los procesos de transición democrática, ofreciendo intervención legal en los casos donde los “asesinatos burocráticos” han producido violaciones masivas de los derechos humanos (mediante desaparición, “limpieza” étnica, etc.). Esta figura es elegida, en términos generales, sobre la del tribunal en casos de estancamiento político o paz negociada que incluyen compromisos sobre llevar a cabo procesos criminales⁷. Al recurrir a la figura de la comisión, el estado intenta subsanar los efectos de la violencia y el trauma mediante la reparación. Al ser esquemas centrados en las víctimas, la lógica subyacente de las comisiones supone que es posible curar individuos y sociedades mediante la “confesión” secular.

Entre las comisiones se destaca, sin lugar a dudas, el ejemplo de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación (CVR) de Sudáfrica, posterior a algunas de las comisiones latinoamericanas. La CVR fue un modelo inédito por cuanto tenía el poder

de conceder amnistías a quienes revelaran voluntariamente sus crímenes políticos⁸ y permaneció en el centro de la atención pública durante los dos años y medio que duró (diciembre 1995 - 1998), en parte porque las audiencias de las víctimas y la mayoría de audiencias de quienes aplicaban a la amnistía eran públicas, siendo cubiertas diariamente por la radio y la televisión. Ésta fue la primera vez en el mundo que victimarios de los dos bandos implicados, algunos de alto nivel, han revelado públicamente detalles horribles de atrocidades realizadas por ellos. Esto, junto a las audiencias de las víctimas, con sus oleadas sucesivas de revelaciones, dolor y ocasionales peticiones de perdón, causaron un fuerte impacto en la sociedad sudafricana. La comisión, mediante métodos de confesión y perdón públicos y apoyándose en la noción que los pilares de la “verdad” y la “reconciliación “sanarían” las heridas inflingidas a la nación por el apartheid, intentaba así una verdadera refundación nacional⁹.

América Latina, por su parte, ha te-

⁷ Hasta el momento se han instaurado más de 21 comisiones en diferentes países y hay algunas más proyectadas. Ver Springer (2002).

⁸ La amnistía estaba condicionada a los delitos políticos. Las audiencias produjeron extraordinarias confesiones públicas de participación en actos atroces, algunos muy prominentes, como el asesinato del activista Steven Biko, aunque también produjo decepciones como la exoneración del general Magnus Malan (ministro de defensa bajo el régimen de apartheid). Malan es famoso por su postulado sobre la violencia en Sudáfrica: en su versión, los perpetradores son simplemente “manzanas podridas” y no el sistema del racismo (Feldman, 2003, 69).

⁹ En este sentido vale la pena indagar el término “reconciliación”, el cual debe entenderse no como un estado de paz o armonía, sino como un proyecto para distanciarse de la violencia, un proyecto en el cual las fuerzas en conflicto se hacen conscientes de que comparten un tiempo presente, no repetitivo. Esto implica una ruptura radical con las condiciones previas, así como un sentido de recomienzo; de nuevas relaciones de afinidad marcadas ya no por la violencia cíclica, sino por la confianza (Borneman 2002, 282).

nido algunas de las más conocidas entre las que se destaca la Comisión Nacional sobre los Desaparecidos (CONADEP) en Argentina. Organizada en 1983 por el presidente Raúl Alfonsín, la comisión documentó a lo largo de nueve meses cerca de 9000 casos de desapariciones (ocurridas entre 1976 y 1983)¹⁰. El reporte de la comisión, *Nunca más* (1984) se convirtió en un best-seller en Argentina y continúa siendo uno de los libros más vendidos en ese país¹¹. A diferencia de la comisión sudafricana, CONADEP no tenía como objetivo la reconciliación, sino solamente la búsqueda de la verdad (Robben, 2005, 131). Este objetivo final, la *verdad* –noción por definición enormemente cargada de matices y ambigüedades– tropezó con enormes dificultades debido a la ausencia de gran parte de la evidencia material, de forma que la reconstrucción de los hechos se basó en la narración: las experiencias personales se tornaron así testimonio público y partes de estas narraciones fueron incluidas en el informe final, dándole contenido emocional a un documento que concluía con cifras desoladoras –340 centros de detención se-

cretos y 8.960 desaparecidos (Robben, 134)–. Esto muestra la dificultad enorme de definir qué es la *verdad*. A este respecto, la CVR de Sudáfrica fue enormemente sofisticada, manejando cuatro definiciones: verdad forense o factual, verdad personal o narrativa, verdad social y verdad restaurativa, de las cuales la única que pretendía imparcialidad y objetividad era la primera (Chapman y Ball, 2001, 10)¹².

La característica común de estas dos comisiones es su modelo performativo, en el cual se destaca la importancia otorgada al papel de la narración. Estas características son claves en la construcción de la memoria, ya que combinan el papel de los actores sociales y sus prácticas (Conner-ton, 1989), con la idea que los eventos históricos no son eventos que han solo “sucedido” y, por tanto, están inscritos inmediatamente en el registro histórico. Lo que se resalta más bien es la narración de los hechos mediante registros orales, escritos, artificiales o visuales (White, 1978; Ricoeur, 1988; Koselleck, 1985). En este sentido, las comisiones de la verdad sacan a la luz memorias ocultas, posibilitan la visibilidad social y política del trauma,

¹⁰ También hay algunas comisiones de la verdad organizadas por organismos no gubernamentales, como el reporte *Nunca más* (1989) de Uruguay, de la asociación Servicio, Paz y Justicia y el reporte *Nunca más* (1985) de Brasil (aunque de circulación y alcance limitado), de la arquidiócesis de Sao Paulo. Además de la comisión, Argentina también instaló juicios en contra de miembros de las fuerzas armadas a partir de 1985.

¹¹ El título de los informes de las comisiones de la verdad latinoamericanas, *Nunca más*, es visto por Huysen como una referencia explícita al discurso del Holocausto (2003, 99).

¹² La Ley de Justicia y Paz colombiana, por su parte, ordena la difusión de la verdad “judicial”, aquella que los jueces puedan comprobar, perdiéndose así la oportunidad de emplear la narración de las víctimas en la construcción de un relato integrador.

produciendo una nueva memoria oficial a través de documentación extensiva de casos de violaciones a los derechos humanos¹³. Los testimonios dados en las comisiones tienen un carácter jurídico, pero lo que importa no es la percepción del testigo, sino el informe final, es decir, la narración de los hechos (Grunebaum-Ralph, 2001, 201). Estas narraciones realizadas en el marco de las comisiones interpelan la identidad colectiva a partir de su anclaje en elementos culturales particulares, así, en Argentina la narración tenía los rasgos de un lenguaje psicoanalítico popularizado, con referencias al “trauma”, la “negación” y el “retorno de lo reprimido”. En Sudáfrica, de otra parte, el discurso de la comisión estaba anclado en lenguaje religioso y psicoterapéutico, como lo demuestra la apertura de las primeras audiencias de la comisión por parte del arzobispo Desmond Tutu “We will be engaging in what should be a corporate nationwide process of healing...through contrition, confession and forgiveness” (Chichester, citado en Young, 2004, 148).

A pesar de sus innegables ventajas, las comisiones de la verdad, basadas en el esclarecimiento de los hechos y su énfasis en la experiencia de la víctima, han recibido también fuertes críticas en el sentido de pasar por alto la complejidad de facto-

res que inciden (desigualdad histórica, injusticia) en la ocurrencia de atrocidades masivas. En efecto, en la búsqueda de la verdad, la complejidad de la violencia política, sus orígenes profundos pueden verse oscurecidos. Al situar a la víctima dentro del marco de unos derechos humanos universales, se individualiza el origen de la violencia (Feldman 2003a). En ese marco, la justicia restaurativa, cuya premisa es la de devolver la dignidad perdida a la víctima, funciona en términos económicos, revelando su lógica mediante el lenguaje: se habla entonces de “compensación”, “pérdida” y “magnitud”.

LOS LUGARES DE LA MEMORIA

Paralelo al retorno a la democracia, todo tipo de discursos escritos, visuales, etc. (testimonios, novelas, películas) monumentos y conmemoraciones se sumaron a la acción de las comisiones en la construcción de nuevos discursos de la memoria ligados a la experiencia de la violencia política. Argentina, por ejemplo, presenció la publicación de un número de testimonios tras la caída de la junta militar, los cuales pueden interpretarse como contradiscursos capaces de empoderar a sus narradores al otorgarles la capacidad de refutar el discurso oficial. Paradójicamen-

¹³ Este no es el caso en todas las comisiones. En El Salvador, el presidente Alfredo Cristiani rechazó el informe final de la comisión y declaró la amnistía para todos los mencionados en el informe, expresando la necesidad de olvidar el pasado. En Guatemala el informe se produjo, pero causó una reacción similar a la de El Salvador (Humpfrey 2003).

te, los familiares de algunas víctimas están entre los críticos más acérrimos de la explosión testimonial en la posdictadura argentina. La lógica subyacente es que las partes escabrosas de la memoria colectiva argentina deben ser saneadas, en un acto tanto de “piedad con los muertos como de preocupación por los vivos” (Robben, 133). En esta misma lógica, las exhumaciones de cuerpos ordenadas en el marco de las investigaciones también han sido objeto de crítica, pero por motivos diferentes. En diciembre de 1994, un grupo de Madres de la Plaza de Mayo condenó las exhumaciones como una jugada política del gobierno destinada a propiciar la desmovilización y despolitización de los familiares de las víctimas. En lugar de esto, las Madres prefirieron seguir apropiándose del espacio público, convirtiéndolo así en un memorial viviente (Robben, 144).

Un interesante ejemplo de apropiación del espacio público que intentó darle a la Argentina una nueva interpretación del pasado es el Parque de la Memoria, inaugurado el 30 de agosto de 2001, dentro del cual habría un “Monumento a las víctimas del terrorismo de Estado”. Este último, descrito por Huyssen (2003, 103) como “una cicatriz en la tierra, enmarcada en su trayectoria zigzagueante por paredes discontinuas que llevarán los nombres de los desaparecidos”, se ha convertido en objeto de diversas controversias que van desde la fal-

ta de consenso en torno a la cifra de desaparecidos hasta la pregunta si las víctimas de las organizaciones insurgentes debieran incluirse también. A pesar del uso del nombre “monumento” el memorial del Parque de la Memoria, se enmarca dentro del discurso contemporáneo del “contramonumento” –definido como un espacio memorial concebidos en contravía del monumento clásico–. En lugar de las nociones de permanencia, memoria unívoca y estabilidad típicas del monumento clásico, el contramonumento puede ser efímero (como el “Monumento en Contra del Fascismo” de Harburg, Alemania de Jochen y Esther Gerz, 1986, que se hundía en el suelo hasta desaparecer) y elude en general la noción de redención o de aceptación cómoda del pasado. El contramonumento expresa más bien la complejidad de la pluralidad de la memoria a la vez que intenta comprometer al espectador y generar reflexión. Como era de esperarse, lejos de expresar consenso sobre el pasado, el Parque de la Memoria ha mostrado a la Argentina como una sociedad dividida; con un argumento similar al de las exhumaciones, varias organizaciones de derechos humanos, incluyendo las Madres, se han opuesto al parque, el cual observan con desconfianza como un intento por oficializar una memoria unívoca y “dejar atrás” un pasado que estos grupos insisten en seguir recordando¹⁴. Para otros, sencillamente,

¹⁴ No todos los esfuerzos por sanear la memoria son oficiales, algunos son impulsados por el mercado (cuya

dedicar un parque al terrorismo de Estado equivale a “demasiada” memoria de la dictadura (Huysen 2003, 100).

Robben Island, en Sudáfrica, condensa por otra parte tanto una política de la memoria oficial que presentando la “nueva” nación que se buscaba fundar a partir de la comisión de la verdad, así como objetivos de mercado. Robben Island es el sitio de la famosa cárcel para activistas anti-apartheid en donde estuvo preso Nelson Mandela. Convertida en Patrimonio de la Humanidad de UNESCO en 1999, Robben Island es un lugar rico en significados, inscrito con signos de opresión tanto colonial como del apartheid y sus resistencias respectivas y simbolizando en la actualidad el triunfo de quienes lucharon en contra de la opresión. Es, al mismo tiempo, lugar que visibiliza la conmemoración y recipiente de fondos oficiales. Para el visitante, Robben Island significa no solo el pasado empacado para su consumo por la creciente industria turística global, sino también el lugar donde la narrativa de la “nueva” nación se concretiza a través de la confluencia de narrativa, memoria y lugar (Grunbaum-Ralph, 199).

La representación material de la memoria, encarnada en monumentos, memoriales y conmemoraciones emerge pues como expresión de políticas de la memoria (intrincadas muchas veces con el mercado) tornándose a la vez en manifestación de las divisiones internas de la sociedad. El monumento no sustituye a la memoria, liberando a la sociedad del peso de recordar, como lo planteó Pierre Nora (1989)¹⁵. Como lo demuestra el intenso debate sobre los monumentos, lo que se revela aquí son más bien las líneas de fractura de la memoria en las sociedades afectadas por la violencia política.

Estos ejemplos son apenas breve muestra de un gran debate global sobre la memoria pública incluyendo temas delicados como trauma, genocidio, violaciones a los derechos humanos y sus efectos sobre las sociedades. Demuestran que el tema de la memoria no tiene que ver simplemente con el pasado, sino que se ha convertido en pieza fundamental en la construcción de la legitimidad política de las sociedades. Si a principios del siglo veinte éstas intentaban definir su cohesión a partir de maneras de imaginar el futuro,

agenda no está exenta de conexiones políticas). En 1994 se inauguró en Uruguay el *Punta Carretas Shopping mall* en el predio de una antigua cárcel en un intento no solo por ocluir la memoria violenta del país, sino por presentarlo como un pequeño oasis de estabilidad y prosperidad en América del Sur, respondiendo así tanto a los retos de la globalización como a presiones de sectores de la sociedad interesados en olvidar eventos traumáticos del pasado uruguayo.

¹⁵ Los monumentos que Nora considera en estudio sobre “los lugares de la memoria”, del cual tomé el título para este aparte, son del tipo “escultura figurativa sobre pedestal”, los cuales, al decir del novelista austriaco Robert Musil, son invisibles.

hoy día la principal tarea parece ser más bien la de asumir responsabilidad por los hechos del pasado.

COLOMBIA, LA VIOLENCIA Y EL UNIVERSO DE LA MEMORIA

La explosión de la memoria tiene importantes resonancias en el contexto colombiano, coyuntura agravada por el hecho que el país “ha estado siempre a mitad de camino en el proceso de formación del Estado nación o de una simbólica unitaria y casi nunca ha dispuesto de visiones de la historia que garanticen su relación con el futuro” (Pécaut 2003, 114). Colombia presenta un caso interesante, mezcla de exceso y defecto de la memoria. En términos generales, se dice que Colombia “no tiene” memoria: la escultora Doris Salcedo se pregunta por qué no existe recordatorio alguno de la toma del Palacio de Justicia en 1985 (2003); el filósofo y especialista en comunicación Jesús Martín-Barbero observa que en el tiempo televisivo una masacre y un partido de la Selección Colombia tienen el mismo peso y duración (1998) y el analista de medios Germán Rey observa que la visibilidad mediática del conflicto tiene ‘un desarrollo temporal breve, una lógica reconocida e inclusive una exposición visual tristemente habitual del tipo “*Enfrentamientos-*

Muerte-Declaraciones-Homenajes o Exposición aleccionadora-Olvido” (1998, 230, énfasis en el original).

¿Cuál es el hilo conductor de esas afirmaciones? En términos generales, se remiten a la ausencia de formas adecuadas de memorializar los hechos violentos, sus víctimas, sus protagonistas. De otra parte, apuntan a la doble condición de la violencia colombiana: es simultáneamente visible e invisible; memorializada e inmemorial.

La violencia es altamente visible en un número de espacios: de la academia a los medios de comunicación masivos, de la literatura y las artes visuales al espacio ambiguo del rumor¹⁶, pero es evidente la ausencia de monumentos, rituales y conmemoraciones adecuadas que den cuenta de la situación, al punto que la obligación de construir un monumento para recordar las víctimas de la masacre de Puerto Boyacá en 1987 (donde un grupo de comerciantes fue muerto por paramilitares) es más un castigo impuesto al Estado colombiano, que el producto de una necesidad percibida de conmemoración. Los espacios donde la violencia se visibiliza juegan un papel fundamental al articular las múltiples narraciones de la violencia, las cuales terminan configurando “un bosque denso de contornos decepcionantemente homogéneos” (Coronil y Skurski

¹⁶ Sobre el rumor y su conexión con el clima de temor e inseguridad que genera en un contexto de violencia, véase Uribe 2004 y Taussig 1984. Es importante resaltar que este tema aguarda aún indagaciones más profundas.

1991, 333), relatos de apariencia similar que oscurecen las capas de significado presentes en la violencia.

La aparente homogeneidad de los relatos de la violencia hace que ésta sea percibida como una fuerza ubicua (Taussig 1992), presente en la vida cotidiana tanto como en el recuerdo del pasado. Vista así, la violencia adquiere una calidad de fuerza viva, de explicación de todas las cosas: “la violencia arrastró a los campesinos”, “la violencia vino” y se convierte en un relato circular donde un episodio violento encarna el siguiente: del violento pasado de colonización a la Independencia, a las revoluciones del siglo XIX, a la Guerra de los Mil Días, a la Violencia, a las acumulación de guerras actuales (“guerra de guerrillas, guerra de narcos, guerra de paras”, Sánchez 2003, 53). Como lo explica Pécaut, la dificultad en hacer diferenciaciones radica en la frecuencia de los episodios, lo que los hace parecer continuos, dificultando los procesos de construcción social de la memoria (2001, 220). De hecho, una indagación sobre las rupturas y continuidades de la violencia, como por ejemplo la persistencia de la violencia simbólica ejercida sobre el cuerpo en las masacres a partir del siglo XIX hasta nuestros días (Uribe 2004a, 81-82), o la construcción de espacios del terror nutridos por el mito y el silencio donde la violencia perdura (Taussig 1984), para señalar solo un par de rumbos posibles, ofrecerían avenidas mucho más profundas dentro del tema de la memoria, la identidad y su conexión

con la violencia:

aunque la violencia política ha jugado un papel central en la formación de las naciones, su constitución histórica y su papel en representar las naciones ha recibido escasa atención. Muy frecuentemente la explicación de la violencia es equiparada con la identificación de sus causas, su forma da cuenta de su función y su función se ve en términos instrumentales; la violencia se reduce a una herramienta práctica empleada por actores sociales opuestos en la persecución de objetivos enfrentados... los momentos de violencia política pueden aparecer quebrantadoramente similares en su siniestro resultado y en la fisicalidad pura de la destrucción que inflinge. Sin embargo estos momentos, incluso aquellos considerados como explosiones espontáneas, son moldeados por la historia particular y los mitos de la identidad colectiva y son energizados por memorias sedimentadas de amenazas a la colectividad... La violencia empuja los límites de lo permisible, abre espacios donde significados habituales e inesperados y prácticas se reúnen de manera inédita, iluminando súbitamente paisajes históricos y dejando atrás la memoria opaca de territorios fuera de alcance (Coronil y Skurski, 1991, 288-290, traducción mía).

Contrasta con este poder de la violencia el hecho que la mayoría de sus víctimas (y victimarios) son anónimas. Sobre la Violencia dice Gonzalo Sánchez: “El difuso nombre de “Violencia” con el cual se la incorpora a la memoria nacional, cumple a cabalidad la imagen de un relato sin actores, de víctimas y victimarios diluidos en el anonimato... Todo parece-

ría como si el único muerto reconocible por su nombre fuera Gaitán, o como si los demás 200.000 se diluyeran en Gaitán” (Sánchez 2003, 93, 95-96). La violencia de fecha más reciente sigue el mismo esquema, la identidad del sujeto desaparece y su biografía se resume en cifras. Las formas para nombrar víctimas y victimarios son genéricas: “caídos”, “abatidos”, “el occiso” (Salas, 2001, 245). La imprecisión en cuanto a la identidad de los perpetradores (“fuerzas oscuras de la sociedad”, Uribe 2004, 91) de actos violentos contribuye de igual forma a la calidad fantasmal de la violencia o incluso confunde las identidades de víctimas y victimarios, ple-gándolos en una sola. El papel de los medios de comunicación, y particularmente los noticieros de televisión, ha sido fundamental en la percepción de la violencia como circular, debido, entre otras razones, a la forma de construcción de noticias sobre violencia –la falta de seguimiento de los casos presentados, el reiterado anonimato de las víctimas, el esquema repetitivo en la narración de los hechos y su similar presentación visual, así como a los intereses económicos implicados en la televisión colombiana¹⁷–.

Mientras la narrativa jugó un papel crucial en el proceso de construcción de un nuevo relato nacional para Sudáfrica y contribuyó en la confrontación de Argen-

tina con su pasado de violencia, en Colombia “el bosque de las narrativas”, para emplear un término de Certeau, no ha logrado constituir un mito de origen o un relato integrador. Las narrativas de terror local se insertan en la narración más amplia del terror nacional sin que adquieran un significado global distinto al de la persistencia y carácter cíclico de la violencia. Esto, junto a una larga tradición de amnistías y “olvido oficial” (Sánchez 2003) impone silencios sobre el pasado e imposibilita la construcción de un relato histórico integrador (Pécaut 2003). En el plano performativo, la ausencia de conmemoraciones (con excepción del episodio fundacional de la Violencia, el 9 de abril), de duelo público, de rechazo generalizado a formas de violencia extrema como la desaparición, la masacre, el secuestro o el desplazamiento forzoso (lo que Pécaut llama la “banalidad de la violencia”, 2001, 197-205), perpetúa la separación moderna entre lo público y lo privado y relega el duelo y la conmemoración al ámbito de lo privado, evitando la creación de una memoria social útil.

En ese sentido, el modelo de formación de la memoria que articula la violencia política y que persiste en Colombia es entonces necesariamente sacrificial, implicando a la sociedad civil, que se convierte en elemento fundamental. En este mode-

¹⁷ Para una ampliación de estas ideas centradas sobre la forma de representación de masacres en noticieros de televisión, véase Cabrera (2005).

lo, espacios emblemáticos y cuerpos pasan a contener la memoria prescriptiva para todo un colectivo. Este modelo tiene un eje performativo basado en la coerción y la amenaza que se visibiliza mediante el espectáculo del miedo: ejecuciones públicas en el marco de masacres, cuerpos dejados a la vista de la población civil como “advertencia”, así como una fijación en la mutilación y la atrocidad que se combina con la intención de sanear ideológicamente el acto, de manera que la víctima es físicamente mutilada o muerta y simultáneamente, borrada ideológicamente (Feldman 2003, 69). En el ámbito narrativo, el modelo sacrificial condensa la multitud de memorias y es la violencia quien asume el papel de aparato historiográfico, tornándose prácticamente estos dos ejes (performativo y narrativo) en métodos para la constitución de sujetos políticos.

En los conflictos donde la población civil está implicada, se produce, sin embargo, una forma particular de sacrificio en el cual la contradicción histórica – la pertenencia/simpatía hacia partido/bando contrario – causante del sacrificio no es nunca resuelta y por este motivo debe repetirse una y otra vez, la violencia se convierte entonces en necesidad, debe reiterarse para evitar el olvido. Sin embargo, la violencia ocluye y visibiliza en forma simultánea; paradójicamente, su ímpetu mnemónico corre siempre el riesgo de convertirse en olvido de la misma forma como el cuerpo logra estatus mnemónico a través de su destrucción total o parcial (Feld-

man 2003, 65). La memoria formada mediante un modelo sacrificial, ofrece pues, enormes retos en la construcción de un relato histórico que rompa con la cualidad mítica, pesadillesca de la violencia.

CONCLUSIÓN

La memoria traumática vive un proceso de expansión y se ha convertido en un punto central en las reivindicaciones políticas de grupos sociales en todo el mundo, ayudada por el mercado. En medio de este panorama, algunas naciones que han experimentado violencia política prolongada, como Sudáfrica y Argentina, entre otras, partiendo de una confrontación con el pasado basada en la aceptación de la multiplicidad de relatos (narración), han intentado construir nuevos relatos nacionales que den cuenta de su experiencia traumática y haga justicia a las víctimas.

Colombia, por su parte, ha experimentado también violencia política prolongada con la diferencia que no ha logrado articular las narraciones de esta experiencia dentro de un relato histórico. Colombia sufre de un exceso y defecto de memoria articulada a partir de la experiencia de la violencia. Hay exceso en la medida en que la violencia aparece como motivo central en la memoria colectiva al punto de convertirse en fuerza mítica. El defecto de la memoria se manifiesta en la ausencia de rituales adecuados y de una narrativa capaz de articular la pluralidad de memorias en *historia*. La alternativa es

trabajar *con* la memoria en la construcción de un relato histórico que rompa la percepción de circularidad, que muestre las rupturas y continuidades de la violencia, que exponga el modelo de formación de memoria imperante, y finalmente, que al hacer justicia a las víctimas o imputar responsabilidades logre escapar de los modelos de compensación que contribuyen a la lógica de mercantilización de la violencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor W. (1986). "What does coming to terms with the past mean?" en: Hartman, Geoffrey H. (ed.) *Bitburg in Moral and Political Perspective*, Bloomington, Indiana University Press, pp. 114-129.
- Borneman, John (2002). "Reconciliation after Ethnic Cleansing: Listening, Retribution, Affiliation", *Public Culture*, 14, 2, pp. 281-304
- Brown, Daniel, Alan W. Schefflin y D. Corydon (1998). *Memory, Trauma, Treatment and the Law*, New York, W.W. Norton.
- Cabrera, Marta (2005). "Loop-like spectacles: massacres and TV news in the context of a 'low-intensity conflict'", *Rhizome*, University of Wollongong, Australia, (en prensa).
- Caruth, Cathy (1996) *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative, and History*, Baltimore, Johns Hopkins Press.
- Chapman, Audrey y Patrick Ball (2001). "The truth of truth commissions: comparative lessons from Haiti, South Africa, and Guatemala", en: *Human Rights Quarterly*, 23, pp. 1-43.
- Confino, Allon (1997). "Collective memory and cultural history: problems of method", en: *American Historical Review* 102, pp. 1386-1403.
- Connerton, Paul (1989). *How Societies Remember*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Coronil, Fernando y Julie Skurski 1991 "Dismembering and remembering the nation: the semantics of political violence in Venezuela" en: *Comparative Studies in Society and History* 33, pp. 288-337
- Delbo, Charlotte (1995). *Auschwitz and After*, New Haven, Yale University Press.
- Feldman, Allen (2003). "Political terror and the technologies of memory: excuse, sacrifice, commodification and actuarial moralities", en: *Radical History Review*, 85, pp. 58-73.
- _____ (2003a). "Strange fruit: the South African Truth Commission and the demonic economies of violence" en: *Social Analysis*, 46, 3, pp. 234-265.
- Felman, Shoshana y Dori Laub (1992). *Testimony: Crises of Witnessing In Literature, Psychoanalysis, and History*, Routledge, New York.
- Friedlander, Saul (1993). *Memory, History, and the Extermination of the Jews of Europe*, Bloomington, Indiana University Press.
- Grunebaum-Ralph, Heidi (2001). "Re-placing pasts, forgetting presents: narrative, place, and memory in the time of the Truth and Reconciliation Commission", en: *Research in African Literatures*, 32, 3, pp. 198-212.
- Gillis, John R. (ed.) (1994). *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press.
- Hayner, Priscilla (1999). "In pursuit of justice and reconciliation: contributions of truth telling",

- en: Aronson, Cynthia (ed.) *Comparative Peace Processes in Latin America*, Stanford University Press, pp. 363-382.
- Humphrey, Michael, (2003). "From victim to victimhood: truth commissions and trials as rituals of political transition and individual healing" en: *The Australian Journal of Anthropology*, 14, 2, pp. 171-187.
- Huysen, Andreas, (2003). "Memory sites in an expanded field: the Memory Park in Buenos Aires", *Present pasts. Urban Palimpsests and the Politics of Memory*, Stanford, Stanford University Press, pp. 94-109.
- _____ (2000). "Present pasts: media, politics, amnesia", en: *Public Culture*, 12, 1, pp. 21-38.
- Klein, Kerwin Lee, (2000). "On the emergence of memory in historical discourse" en: *Representations*, 69, pp. 127-150.
- Koselleck, Reinhart (1985). *Futures Past: the Semantics of Historical Time*, Cambridge, MIT Press.
- La Capra, Dominick (1998). *History and Memory after Auschwitz*, Ithaca, Cornell University Press.
- _____ (1994). *Representing the Holocaust: History, Memory, Trauma*, Ithaca, Cornell University Press.
- Raphaël Lemkin (1944). *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis of Government, Proposals for Redress*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace.
- Martín-Barbero, Jesús (1998). "Medios: memoria y olvido", tertulia Medios Para la Paz, Fundación Santillana, Bogotá, 19 de noviembre.
- Mitscherlich, Alexander y Margarete Mitscherlich (1975)., *The Inability to Mourn: Principles of Collective Behavior*, New York, Grove Press.
- Nora, Pierre (1989). "Between memory and history: *Les lieux de mémoire*", en: *Representations*, 26, pp. 7-25.
- Pécaut, Daniel (2003). "Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible", en: *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*, Medellín, Hombre nuevo, Univalle, pp. 113-133.
- _____ (2001). "De la violencia banalizada al terror", en: *Guerra contra la sociedad*, Espasa, pp. 187-225.
- Rey, Germán (1998). *Balsas y medusas. Visibilidad informativa y narrativas políticas*, Cerec/ Fundación social/Fescol, Bogotá.
- Ricoeur, Paul (1988). *Time and Narrative*, 3 vols. Chicago, University of Chicago Press.
- Robben, Antonius (2005). "How traumatized societies remember: the aftermath of Argentina's dirty war", en: *Cultural Critique* 59, pp. 120-164.
- Salas, Yolanda (2001). "Morir para vivir. La (in)certidumbre del espacio (in)civilizado" en: Daniel Mato (ed.) *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, Vol. 2 Caracas, CLACSO, pp. 241-250.
- Sánchez, Gonzalo (2003). *Guerras, memoria e historia*, Bogotá, ICANH.
- Santner Eric (1990). *Stranded Objects: Mourning, Memory, and Film in Postwar Germany*, Ithaca, Cornell University Press.
- Salcedo, Doris (2003). "Traces of Memory. Art and Remembrance in Colombia", *Harvard Review of Latin America*, 2, 3, pp. 28-30.
- Segev, Tom (2000). *The Seventh Million: the Israelis and the Holocaust*, New York, Henry Holt and Company.

- Springer, Natalia (2002). *Sobre la verdad en los tiempos del miedo. Del establecimiento de una Comisión de la Verdad en Colombia y los desafíos para la justicia restaurativa*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.
- Taussig, Michael (1992). "Terror as usual: Walter Benjamin's theory of history as a state of siege", en: *The Nervous System*, London and New York, Routledge, pp. 11-36.
- _____ (1984). "Culture of terror-space of death. Roger Casement's Putumayo report and the explanation of torture", en *Comparative Studies in Society and History*, 26, 3, pp. 467-497.
- Teitel, Ruti G. (2000). *Transitional Justice*, New York, Oxford University Press.
- Uribe, María Victoria (2004). "Dismembering and expelling: semantics of political terror in Colombia", *Public Culture*, 16, 1, pp. 79-95.
- _____ (2004a). *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*, Bogotá, Norma.
- White, Hayden (1978). *The tropics of discourse: essays in cultural criticism*, Baltimore, Johns Hopkins Press.
- Young, Sandra (2004) "Narrative and healing in the hearings of the South African Truth Commission and Reconciliation Commission", *Biography*, 27, 1, pp. 145-162.

Cabrera, Martha.

“Exceso y defecto de la memoria: violencia política, terror, visibilidad e invisibilidad”, en *Oasis* 2005-06, núm. 11, Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales, CIPE, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales. Universidad Externado de Colombia, pp. 39-56.